

EL RASTREADOR

I

Luz la Cigarrera



En una hermosa mañana del estío de 1814, un viajero montado en un caballo que, á pesar de los espolazos, no avanzaba más que á pasos lentos, se encaminaba silbando hacia el pueblo de Púcuaro, situado en el Estado mexicano de Valladolid. Ya podía descubrir las casas iluminadas por los primeros rayos del sol. Sólo al ver el encuentro y ancas del caballo bañados de sudor, y los vestidos cubiertos de polvo del jinete, se adivinaba que ambos acababan de caminar muchas leguas á marchas forzadas. El solitario jinete era un joven de elevada estatura y de vigorosa constitución; habría podido pasar por un buen mozo, si

unas cejas espesas y de un negro de azabache, no hubiesen dado una expresión siniestra á su fisonomía, en que se notaba una audacia muy militar. Este jinete de gallarda apostura era un cierto Berrendo, en cuya casa debía encontrar la hospitalidad muchos años después, al detenerme en un pueblo inmediato á San Blas, antes de llegar á las orillas del mar Pacífico. En la época en que empieza esta relación, Berrendo, que llevaba entonces su verdadero nombre de Luciano Gamboa, era uno de los soldados más audaces del ejército insurgente de México, y su historia, que me limito á resumir aquí, según sus recuerdos, nos muestra la guerra de independencia en uno de los momentos más críticos.

El pueblo de Púcuaro, hacia el cual se dirigía Berrendo, había llamado, bajo diversos motivos, la atención de los mexicanos y de los españoles, en el curso de 1814. Allí fué donde, á consecuencia de un encuentro sangriento con las tropas realistas, el hermano del general D. Ignacio Rayón, D. Ramón, se había retirado con cien hombres, poco más ó menos, los únicos que habían podido abandonar, bajo sus órdenes, el campo de batalla: pero, cosa singular, se había perdido el rastro de D. Ramón y de su escolta,

desde la época de su entrada en Púcuaro; nadie podía decir si habían salido del pueblo, y sin embargo, nada indicaba su presencia en él. Era probable que sólo habían atravesado Púcuaro, y que se habían alejado furtivamente, y sin conocimiento de los habitantes; pero, ¿adónde se habían dirigido? Era ésta una cuestión que preocupaba tanto á los guerrilleros mexicanos como á los generales españoles, que atormentaba, sobre todo, á D. Ignacio Rayón. Deseoso de verificar su unión con su hermano, aquél se ocupaba en explorar y mandar correos en todas direcciones en el Estado de San Luis Potosí, aunque inútilmente, cuando Berrendo se encargó á su turno de descubrir el inaccesible retiro de la tropa que había desaparecido de un modo tan singular. Esta misión difícil era la que lo conducía por el camino de Púcuaro, en donde lo hemos encontrado descubriendo las primeras casas del pueblo, y espoleando á su fatigado caballo, con el fin de llegar pronto y sin contratiempo.

Berrendo se alegraba ya de tocar al término de su viaje; mas las banderolas de un regimiento de lanceros españoles, el regimiento de Navarra, que distinguió flotando á lo lejos en el llano, hicieron cambiar repentinamente el curso de sus reflexiones. Los lanceros

se dirigían al punto por donde él iba, y en su calidad de insurgente, el jinete tenía excelentes motivos para no desear su encuentro. Se hallaba precisamente en un lugar del camino en donde una enorme encina, cuyo tronco habían ahuecado los años, extendía sus inmensas ramas al pie de una cadena de rocas, cuya cima se ensanchaba gradualmente, formando una elevada colina. El jinete pensó que un insurgente figuraría muy bien en una de las ramas de la encina, y esta reflexión aumentó su disgusto. Repentinamente observó Berrendo una yedra, casi tan vieja como la encina, que después de haber cubierto un lado del tronco, caía formando una cortina de un color verde oscuro, cuyos pliegues se adaptaban á las fragosidades de las rocas. Cediendo á una repentina inspiración, echó pie á tierra, levantó la cortina de yedra y arrojó un grito de alegría: aquella cortina ocultaba la entrada de una gruta oscura, por la que podía pasar fácilmente un caballo. Estirar éste y arrojarse tras la cortina de yedra, fué para el jinete obra de un momento. Sin embargo, apenas estuvo en la gruta, cuando Berrendo se arrepintió de haber buscado en ella un asilo. Unos ruidos terribles é inexplicables se escuchaban en lo interior del subterráneo. Más allá del rayo de luz que dejaba filtrar el follaje de yedra, una profunda obscuridad

extendía ante sus pasos un velo impenetrable. Le parecía escuchar en el seno de aquellas espesas tinieblas, un ruido sordo como el de las alas de los grandes vampiros de algunos bosques de México, ó el resuello poderoso de algún gigantesco animal: colocado entre dos peligros, el jinete permaneció inmóvil y poseído de la mayor angustia, esperando con viva impaciencia el momento en que podría abandonar la caverna.

Desgraciadamente aquel instante debía prolongarse por más tiempo del que había calculado. Los lanceros españoles habían hecho alto muy cerca de la encina, y el jinete oía el eco de las voces, que se mezclaba á los extraños rumores del subterráneo. Era como una amenaza por todos lados, que no le permitía avanzar en la gruta ni salir de ella. Una hora, verdaderamente mortal, pasó de esta manera, cuando el insurgente creyó escuchar un rugido ronco, que lo espantó de tal manera, que prefiriendo el enemigo la carne y hueso, á los huéspedes terribles que parecía abrigar la gruta, se lanzó fuera de ella. El camino se hallaba libre, y Berrendo pudo continuar su viaje. En menos de dos horas llegó á Púcuaro, y sólo entonces creyó poder respirar con libertad; pero no contaba con otro encuentro.

Atravesando la calle principal de Púcuaro para dirigirse al *mesón* en donde debía pasar la noche, el guerrillero distinguió en el umbral de una casita, separada de las demás por un estrecho jardín, á una joven sentada en un *petate*, con las piernas cruzadas á la manera mexicana, y ocupada en torcer cigarros. Su cabeza, el óvalo gracioso de su rostro, así como sus hombros, se hallaban cuidadosamente *tapados* con un rebozo de algodón, de fondo blanco con listas azules. La joven dirigió al jinete una rápida mirada, que éste no observó, y cuando comenzó á verla con atención, tenía ella los ojos bajos. El jinete no pudo distinguir más que dos bandas de cabellos negros, alisados sobre una frente tersa y pulida como el marfil. De los pliegues de su traje salían dos pies pequeños, sin medias y calzados con zapatos de raso negro, y el rebozo de la joven dejaba descubiertas las manos pequeñas y blancas, cuyos dedos ágiles y afilados, torcían cigarros con mucha destreza y gracia.

— ¡Virgen santa! creo que voy á decir una porción de cosas á esa preciosa muchacha.

Y como la timidez no parecía ser el defecto capital del jinete, se quitó el sombrero con la mayor cortesía y tocó con las rodajas de sus espuelas de hierro la

barriga de su corcel: éste, obediente á la rienda, concluyó casi en el umbral de la puerta una de sus más elegantes corvetas. Esta maniobra fué tan imprevista, y las manos del caballo llegaron tan cerca del lugar en donde estaba la joven, que ésta no pudo contener un grito de espanto, é hizo un movimiento repentino. Deslizóse el rebozo de la cabeza á los hombros, y de éstos al *petate*. Entonces vió Berrendo un rostro encantador, y los contornos de sus hombros de una blancura deslumbradora; pero el que poco antes creía tener mil cosas que decir, no encontró una sola palabra que murmurar: quedóse, pues, deslumbrado y mudo. Sólo recobró el uso de la palabra, cuando el rebozo, vivamente colocado en los hombros y en la cabeza de la hermosa mexicana, ocultó de nuevo todo cuanto por un momento había descubierto.

— Usted dispense, señorita, exclamó el jinete, usted dispense el susto que le he causado; pero extranjero en este pueblo, necesito saber si hay alguna posada, ¡y Dios permita que no la haya!

— ¿Por qué?.. preguntó la joven con una voz tan armoniosa como el canto del *cenzonlle*, ruiseñor mexicano.

— Porque le suplicaría á usted entonces que me concediera la hospitalidad.

— ¿Sí, eh? dijo la joven dirigiéndole una soberbia mirada. ¿Piensa usted que está abierta nuestra casa para el primero que se presente? Además de que hay una posada que no está más que á dos pasos de distancia.

La joven se levantó, después de haber colocado en el rebozo los cigarros que había torcido, y desapareció detrás de la puerta de la casa, marchando con un garbo que hacía lucir su esbelto talle, y su bien formado cuerpo.

— ¡Caramba! si no está D. Ramón en Púcuaro, creo que no lo encontraré jamás, pensó el joven, porque nunca podré resolverme á abandonar el pueblo que encierra este tesoro de juventud y de belleza.

Y llegó al mesón con el corazón turbado por aquel encuentro. Ya instalado en la posada, reflexionó que era preciso pensar en su misión; mas, para llevarla á buen fin, tenía que tomar algunas medidas precautorias. Púcuaro no parecía estar por la independencia, y un cuerpo de ejército español se hallaba acampado en las inmediaciones. Berrendo reflexionó por qué medios podría obtener los informes que deseaba, sin comprometerse, ni comprometer á D. Ramón.

Después de una comida frugal en el mesón, Berrendo

no tuvo otra cosa más urgente que buscar un pretexto para volver á ver á la joven de los cigarros. Pensó que tal vez podría confiarle el objeto de su misión. Dirigióse, pues, á la casa, que se hallaba á poca distancia de la posada. Todas las puertas se estaban cerradas desgraciadamente, y los ladridos de un perro, que habían dejado en lo interior, respondieron únicamente á los repetidos golpes dados á la puerta. Obligado á renunciar á su proyecto por aquel día, Berrendo se dirigió á una *nevería*, con la esperanza de que entre los concurrentes á estos establecimientos, recogería algunos informes que lo satisficiesen. Era una tarde calurosa, así es que la nevería estaba llena, y Berrendo se sentó, más ocupado en escuchar lo que decían á su derredor, que en terminar el vaso de nieve canela que le habían servido. No fueron vanas sus esperanzas: hablaban de los negocios de la época, y muchas veces pronunciaban el nombre de D. Ramón Rayón, con cierta ironía, de un modo burlesco.

Un solo individuo, de los que se encontraban en la nevería, parecía completamente extraño á cuanto decían en su derredor; su traje en nada difería del de los demás concurrentes; en cuanto á su fisonomía, era difícil distinguirla en la parte interior de la nevería,

que se hallaba muy oscura, porque de su frente, apoyada en sus dos manos, colgaban largas mechas de cabellos, como las ramas de un sauce destrozadas por la tempestad, cubriendo á medias su rostro. De cuando en cuando Berrendo sorprendía unos ojos ardientes, fijos en él.

— ¿Qué ha pasado por aquí D. Ramón?.. preguntó Berrendo á uno de los personajes que acababan de pronunciar el nombre del guerrillero.

Fingió sorprenderse con la noticia del paso de D. Ramón por Púcuaro. Antes que hubiesen contestado á Berrendo, el desconocido fijó en él sus ojos con desdén é ironía; en seguida se levantó, pagó el gasto que había hecho, y salió.

— Sin duda, respondieron á Berrendo, hay en la iglesia personas que, si quisieran, podrían decir lo que le ha sucedido al *profanador de los sepulcros*.

¡ Una profanación! ¡ Sepulcros violados! éstas eran extrañas revelaciones para Berrendo. Quiso saber más: le dijeron que podía dirigirse á los dependientes de la iglesia. Á la caída de la tarde, Berrendo se encaminó á la iglesia, é iba á pasar el umbral, cuando una forma ligera y esbelta pasó al lado de Berrendo, que no tuvo trabajo en reconocer á la joven, en quien no había

cesado de pensar. Salía de la iglesia, y Berrendo se apresuró á presentarle con galantería agua bendita con los dedos, lanzándole una mirada apasionada y diciéndole en voz baja:

— ¡ Felices los ojos que ven dos veces en un día á un ángel del cielo! y le doy las gracias por haber vuelto á encontrar á usted.

La joven se ruborizó, y no contestó una palabra; pero una anciana que caminaba tras ella, se encargó de la respuesta.

— Esa es una felicidad muy egoísta, dijo con áspero tono, porque es usted el único que participa de ella. Siga usted su camino, y déjese de decir mentira.

— Usted dispense, señora, dijo Berrendo; ¿ me daría usted el gusto de darme algunos informes sobre D. Ramón Rayón?

— Váyase usted y D. Ramón al infierno, contestó con viveza la anciana, llevándose á su hija: nosotras no tratamos con insurgentes.

Apenas la anciana había pronunciado estas palabras, cuando la joven se hallaba ya á lo lejos, y Berrendo, sin desconcertarse, siguió con la vista á la encantadora mexicana, hasta el momento en que desapareció. Entonces reflexionó que debía tomar informes por otra

parte, y el espectáculo que repentinamente se ofreció á su vista, no tardó en disipar sus amorosas visiones. Cuando penetró en aquel lugar santo, el crepúsculo no alumbraba más que á medias el interior de la nave, de donde se exhalaba un hedor extraño y fétido. Avanzó, pues, y entonces comprendió fácilmente las alusiones de los concurrentes de la *nevería*. Las enormes losas de las sepulturas se hallaban levantadas, y arrojadas, unas enteras, y las otras rotas, cerca de los sepulcros que habían cubierto. Sin embargo, no comprendía bien el objeto de aquella profanación, y buscaba con la vista alguna persona á quien dirigirse para saberlo. La iglesia estaba desierta y sombría; aquellas sepulturas abiertas, en cuyo fondo no se atrevía á mirar Berrendo por el temor de encontrar monstruosos despojos, la hora avanzada y aquel olor incomprensible, todo le inspiraba un vago temor, que se tornó en una emoción muy diferente, cuando creyó ver levantarse del fondo de una de aquellas fosas una forma humana, ó más bien la sombra de un muerto.

Berrendo no acostumbraba temblar delante de los vivos; tampoco temía á los muertos en un campo de batalla; pero bajo la impresión de las ideas que entonces lo preocupaban, no pudo contener un movi-

miento de espanto, del que no tardó en avergonzarse, con tanta más razón, cuanto que resonó en sus oídos una irónica carcajada. Adelantóse bruscamente hacia el individuo que se entregaba con tanta franqueza á su buen humor; la sombra se dibujó con más claridad, y entonces reconoció á su vecino de la *nevería*. Su ojo único (era tuerto), brillaba con el fuego de la ironía, que Berrendo había observado ya otra vez. Sus largos cabellos, orgullosamente arrojados detrás de las orejas, dejaban descubierta una frente enérgica y un rostro de facciones muy marcadas; una boca y un ojo que descubrían la sagacidad, la calma y la firmeza; su tez se hallaba tan tostada, que podía dudarse si pertenecía á la raza blanca. En una palabra, había entre el hombre que Berrendo había visto poco antes, y el que se le apareció repentinamente, el contraste asombroso del indio salvaje que no reconoce superior en la naturaleza, con el indio de las ciudades, embrutecido por la servidumbre.

— ¿Y quién es usted? le preguntó el joven celérico.

— Mire usted, en eso nos diferenciamos usted y yo, respondió el desconocido con calma; usted no sabe quién soy, y yo sí sé quién es usted: un amigo de D. Ramón, y anda usted buscando en vano su *pista*.

— ¿Quién se lo ha dicho á usted? preguntó Berrendo con vivacidad, despechado al ver que tan bien había adivinado sus proyectos.

— Su indiferencia mal disimulada, para mí por lo menos, en sus preguntas respecto de D. Ramón, en la nevería. El desagrado que ahora se está descubriendo en su fisonomía, me hace creer que no he errado, y que ha venido usted á esta iglesia para ver á las personas de que le han hablado, como las únicas que podían, si querían, decir á usted en dónde se halla el individuo que anda usted buscando. Esas gentes, son los muertos, cuyos sepulcros se han registrado. Pregúnteles usted ahora, si es que comprende su mudo lenguaje, usted que no ha sabido hacer hablar á los vivos.

Estas singulares palabras, pronunciadas con gravedad, introdujeron la duda en los pensamientos de Berrendo. No sabía si debía callar la verdad ó fiarse de aquel desconocido. Decidióse por lo segundo, y cuando confesó el objeto real de sus investigaciones, añadió:

— ¿Y á usted le han manifestado los muertos, lo que los vivos no han podido decirme?

— Sí, contestó el desconocido, sonriéndose. Sería poco digno de la profesión que ejerzo y del nombre

que llevo, si no supiera encontrar las huellas de los que busco más que con el auxilio de las señales de los vivos en el terreno. Descienda usted, como lo hice yo, al fondo de estas sepulturas, y la mampostería recientemente raspada alrededor de estas osamentas, le indicará á usted lo que vino á hacer aquí D. Ramón.

En efecto, el partidario, en su entusiasmo por suscitar enemigos á España, y con el fin de buscar los medios de destruirla, había ido á buscar hasta aquellas bóvedas fúnebres el salitre producido por la humedad subterránea.

— Y bien, ¿eso le indicó á usted, preguntó Berrendo, en dónde está D. Ramón, y cómo pudo desaparecer tan misteriosamente con su tropa?

— Sin duda. ¿Qué es lo que con más ansia debe procurarse ahora, puesto que no ha respetado el reposo de los muertos? Salitre para hacer pólvora y un asilo seguro.

Berrendo convino en la incontrastable realidad de aquella conjetura, en apariencia al menos.

— Ayer, añadió el desconocido, buscando en el campo alguna huella, por la que pudiese reconocer el paso de D. Ramón, al cual, sea dicho entre nosotros, llevo un mensaje de su hermano D. Ignacio, he oído

rumores sordos, como los que se escuchan en la boca de un volcán; he visto en la falda de la colina elevarse una ligera nube de humo, y creí que aquellos rumores sordos eran el eco de la marcha lejana de un cuerpo de caballería español que salía de Púcuaro. Atribuí el humo de la colina á la hoguera de algún pastor invisible; pero las exploraciones hechas en los sepulcros me revelaron la verdad. Los rumores subterráneos son producidos por una reunión de hombres que debe cubrir la falda de la colina; el humo que tomé por el de la hoguera de un pastor, es el que se escapa por las hendiduras del terreno. Así, pues, D. Ramón debe estar ocupado en esa caverna en fabricar pólvora, con el salitre que ha recogido; lo juraría, aunque no haya visto en la colina ninguna apariencia de indicación subterránea, y la encontraré.

La sagacidad de aquel desconocido causó admiración á Berrendo, porque el recuerdo de la caverna, cuya entrada le había hecho descubrir el acaso, se le presentó inmediatamente á la memoria; al mismo tiempo que la admiración, una viva simpatía se despertó en el corazón por el compañero del joven que la casualidad le deparaba.

— ¡Á fe de caballero! exclamó Berrendo, presen-

tando su mano al desconocido, me consideraría feliz con ser amigo de un hombre tal como usted; mi nombre es Luciano Gamboa. ¿Cuál es el de usted?

— El mío es Andrés Tapia, para servir á usted, á pesar de que casi lo he olvidado. El que me dan ordinariamente es el de *Rastreador*, aunque hablando con verdad, yo sé tan bien leer en el corazón del hombre sus más secretos pensamientos, como encontrar en el terreno húmedo ó seco, en la hierba de los prados, ó en el musgo de los bosques, las huellas que conservan.

En seguida, como para dar á Berrendo una idea de su penetración, añadió:

— ¿Qué noticia tiene usted que darme?

— Puedo anunciarle que sus conjeturas son verdaderas, á lo menos en cuanto á la existencia de una caverna cerca de aquí. La casualidad me ha hecho descubrirla esta mañana, y si usted quiere, nos dirigiremos allá al momento.

— No, dijo Andrés: esta noche tengo que hacer aquí; pero mañana nos encontraremos á caballo, á la salida de Púcuaro.

Arreglado el lugar de reunión, los dos nuevos amigos se apretaron la mano y se separaron. Berrendo no tenía gana de dormir, y á fin de *matar* el tiempo, entró

en una barbería. Ya se comprenderá fácilmente por qué Berrendo, á fin de adquirir mayores informes, entraba á que le rasurasen una barba que no tenía más que ochos días.

Mientras el barbero peinaba los negros bigotes del joven viajero, éste dirigía envidiosas miradas á una guitarra que tenía casi todas sus cuerdas, y que pendía de un clavo colocado en la pared.

— Maestro, le dijo, necesito esa vihuela esta noche, por unos instantes; ¿ me hace usted el gusto de prestármela, dejándole una prenda de más valor, se entiende?

— ¿Cuál? preguntó el barbero.

Berrendo señaló con el dedo su espada con puño de plata, primorosamente trabajado, despojo ópimo de un campo de batalla, y que al entrar había colocado en una silla.

— Caballero, dijo el barbero colocando la guitarra en el mismo lugar, se la presto á usted con el mayor gusto, y sin que deje prenda alguna, sin embargo de que esta vihuela tiene para mí un precio inestimable.

Berrendo tomó el instrumento, lo ocultó bajo los pliegues de la capa, y salió de la barbería prometiendo volver al día siguiente.

La Caverna de Púcuaro



Aquella misma noche, eran cosa de las diez, todos los habitantes de Púcuaro dormían, con raras excepciones, y entre otras, con excepción de la joven torcedora y de su madre; la puerta estaba cerrada, así como las ventanas, y detrás de las rejas de madera, se hallaban las dos mujeres, en uno de los cuartos de la casa, que caía á un jardín plantado de granados y otros árboles frutales. Era fácil penetrar á aquel jardín por una hilera de nopales, que se extendía por ambos lados del edificio, y por la parte de la calle.